

# ELEMENTOS DE LA PEDAGOGÍA EN LA PALABRA DE DIOS

## Dios nos educa para contemplar la verdad y vivir en libertad

P. Antonio Teixeira SCJ\*

**ABSTRACT:** *The biblical event is the exercise of patient education that is not confined to a single pedagogical method. My starting point will be the beginning of GS 22: "The mystery of man is illuminated only in the mystery of the Incarnated Word." In fact, in the incarnated Son it becomes clear that we are children, and it becomes clear what we are called to be, and it becomes clear how God has led his people and led each of us in particular. We could say in a very synthetic way, from this point of view, the biblical foundation of education is that the Father through the Son teaches us to be children. The Father educates his Son to be what he should be in relation to him: just being a child.*

**KEYWORDS:** *Education, pedagogical method, Incarnated Word, biblical foundation.*

Desde diversas perspectivas puede ser tratado un tema como este. Una primera perspectiva sería aquella que nos presenta la declaración *Gravissimum educationis*, es decir, reconociendo la importancia de la educación como un ele-

---

\* El P. **Antonio Teixeira Sequeira** es un sacerdote dehoniano. Se licenció en la Universidad Gregoriana de Roma y allí mismo realizó su doctorado en teología dogmática bajo la dirección del Profesor Elmar Salmann. Actualmente es profesor del Iter en las materias de Introducción a la Teología, de Teología Fundamental, y de postgrado en Teología Fundamental. Tiene ya distintas publicaciones en revistas *Itinerarium mentis in Deum*, *Iter Humanitas*, 5, Caracas 2006, 95-113; «Vocación, Espíritu Santo y sacerdocio ministerial» *Iter* 52, Caracas 2010, 163-170; «Más que concepto, "La Palabra se hizo Carne"» *Iter* 57-58, Caracas 2012, 85-107; «Teología de la Fraternidad», *Vida Religiosa* 113, Madrid (Julio-Septiembre 2012), 5-10; «El Messianismo del presidente Hugo Chávez» *Settimana* 2, Bologna (13 gennaio 2013), 8-9. En proyecto está la publicación de su tesis y en imprenta se hallan ya dos artículos. [p.antonioiteixeira@hotmail.com](mailto:p.antonioiteixeira@hotmail.com)

mento propio de la vida del hombre en el que la Iglesia consciente de su misión de anunciar el misterio de salvación a todos, aporta algunos principios fundamentales para la educación cristiana<sup>1</sup>. Este modo de tratar el tema pondría el acento en la educación católica, con todo lo que conlleva, creación de escuelas, enseñanza de la religión, responsabilidad de los profesores, la importancia de los padres.... Otra manera de abordar el tema, sería ocupándonos de la palabra educación en sus diversas modalidades: instrucción, enseñanza, magisterio, aprendizaje... Se trataría de estudiar las distintas tonalidades que estas palabras tienen a lo largo de toda la Sagrada Escritura. Este trabajo, sin duda interesante, es ingente e implicaría, además de un gran esfuerzo, un equipo de expertos biblistas. Otro modo de afrontar el tema sería estudiando un libro de la Palabra de Dios y ver de qué manera Dios es allí pedagogo y desde allí extrapolar ciertas conclusiones que nos permitieran distinguir algunos principios tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento. Otra perspectiva sería rescatar la visión de los Padres de la Iglesia, quienes vieron el Antiguo Testamento como una preparación al acontecimiento central de la revelación: Jesucristo. Esta perspectiva, rescatada por la *Dei Verbum*, pone el acento en esa relación entre la novedad traída por Jesús y la apertura o el caminar hacia esa novedad propia de la esencia de la Antigua Alianza: «El fin de la economía antigua era preparar la venida de Cristo, redentor universal (...) Los libros del Antiguo Testamento (...) nos enseñan la pedagogía divina» (DV 15). Lo mismo nos expresa DV 3 cuando nos dice que todos los acontecimientos de la antigua Alianza fueron el modo en que se preparó a través de los siglos el Evangelio.

Yo quisiera tratar el tema desde la perspectiva del fin del hombre y desde allí ver como todo el acontecimiento bíblico es el ejercicio de una educación paciente que no se ciñe a un solo método pedagógico. Mi punto de partida será el inicio de GS 22: «el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado».

Comienzo preguntándome a qué está llamado el hombre para comprender el ejercicio educativo que anima las acciones de Dios. Una bella respuesta la hallamos en Ef 1,5s: «Él nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo conforme al beneplácito de su voluntad para alabanza de la gloriosa gracia que nos otorgó por medio de su Hijo muy querido». En el Hijo encarnado se esclarece nuestra condición de hijos, se esclarece aquello que estamos llamados a ser, se esclarece el modo en que Dios ha guiado a su pueblo y nos ha guiado

---

1 Cf. El Proemio del documento.

a cada uno de nosotros en particular. Podríamos decir de modo muy sintético que, desde este punto de vista, el fundamento bíblico de la educación es que el Padre por medio del Hijo nos educa para ser hijos. El Padre educa al Hijo para ser lo que debe ser respecto de él: simplemente ser hijo.

Vendría bien ahora una segunda cuestión, ¿de qué manera soy hijo? Y a esta pregunta habría que añadir una tercera, ¿qué me impide ser hijo? Las dos preguntas se relacionan. A la segunda respondería de modo sencillo diciendo que aquello que me impide ser hijo es el desconocimiento de la paternidad y desconocer la paternidad es desconocer el inicio<sup>2</sup>. Desconozco el origen cuando yo mismo me creo el origen de todas las cosas y para que ello acontezca así, me adueño del origen, es decir, lo someto a mí mismo. Esto resulta particularmente interesante en los relatos de los orígenes, donde el origen se pone y no se impone, mientras que lo originado no se acepta como puesto y se quiere anteponer al origen. Es todo el relato de la caída de Génesis 3. En el relato, la serpiente pretende ella misma anteponerse al origen poniendo ella misma sus palabras como si fueran las palabras del origen: «¿Así qué Dios les ha dicho que no coman de ningún árbol del jardín?» (Gn 3,2). La anteposición se lleva a cabo con la mentira, que otra cosa no es que el ocultamiento de la verdad mediante su devaluación<sup>3</sup>. La fuerza de la mentira es su capacidad de aparecer como verdad, pareciendo la verdad misma. Lo que dice la serpiente se asemeja tanto a la prohibición del Creador –«del árbol del conocimiento del bien y del mal no comas»– que resulta fácil tomar lo malo por bueno y lo falso por cierto. La cuestión de fondo en el relato es una desobediencia. A la postre la serpiente logró su cometido desvirtuando el origen y engañando a la mujer quien quedó presa del engaño. Dos elementos se pierden: la libertad y la verdad. Ponemos un origen falso y nos hacemos esclavos de esa falsedad<sup>4</sup>. Ya no soy libre delante del creador, se pierde la armonía del

- 2 El problema del inicio es un eje transversal en el pensamiento filosófico. Pensemos sólo al maravillarse como inicio de la posibilidad de la filosofía. ¿Se maravilla el sujeto en sí mismo o es algo que viene del externo lo que causa un impacto que provoca la maravilla, siendo que la maravilla nace en el sujeto como momento segundo posterior a la aparición del fenómeno? Sobre esta problemática Cf. M. CACCIARI, *Dell'inizio*, Milano 2001<sup>2</sup>.
- 3 «...el pecado, la mentira y la confusión ocultan continuamente, niegan y obstaculizan la nueva libertad» R. GUARDINI, *Libertà. Grazia. Destino*, Brescia 2000<sup>3</sup>, 88.
- 4 «Pecado significa contradicción al Dios Santo y, por lo tanto, aislamiento al interno de una suma mentira y un extrema injusticia. Aunque permanecieran toda la verdad de este mundo y todos los valores terrenos y humanos son arrastrados hacia un desorden definitivo, que aprisiona la existencia en sí misma, y juntamente sella en una

origen. Dios se hace rival del hombre y todo el esfuerzo educativo de Dios estará en recomponer este elemento desarmónico. ¿Quiere decir esto que de no haber caída, no habría necesidad de este ejercicio de educación divina? Pensar así, es hacer de la educación un elemento yuxtapuesto a consecuencia de un elemento no originario como es la desobediencia en la vida del hombre. La educación no podemos verla como un acontecimiento coyuntural. Lo que sí es coyuntural es el modo como recibimos la educación por parte de Dios. Digo coyuntural, porque depende de la posición que el hombre ha querido siempre imponer. La educación no es coyuntural, puesto que la armonía no es una realidad estática. El hombre realiza un esfuerzo continuo por hallarse continuamente en armonía con el todo. Lo que sí es distinto es el punto de partida para lograr la armonía y por ende la concepción misma de esa armonía. Si el logro armónico parte del principio que lo otro es rival, entonces la meta sólo se consigue a base de sangre. De hecho no es extraño que la primera fraternidad bíblica termine con un asesinato (Cf. Gn 4, 1-16). Ahora bien, si la armonía no nace como logro de conquista de lo que me adversa, sino como diálogo, entonces la educación de fondo es distinta y a lo que se aspira y lo que se logra es también distinto.

## I. LA VERDAD

Dios educa en la verdad y para la verdad. Podríamos preguntarnos ¿qué es la verdad? Esta pregunta no se debe hacer desde una impotencia profundamente sentida y de una prepotencia ejercida, tal como la hace Pilato a Jesús (Cf. Jn 18, 38). El tema de la verdad es harto interesante, aunque, lamentablemente, hoy día nadie se ocupa de ella. Hablamos de certezas, de verosimilitudes, es decir, algo que se asemeja a la verdad, de posibilidad, pero nunca o pocas veces hablamos de verdad. No sólo no hablamos de verdad, sino que descalificamos todo aquello que pretenda ser un estudio acerca de la verdad o el deseo de decir la verdad. Basta ver la falsa tolerancia en la que hemos caído en el ámbito de las religiones. Para aceptar al otro debo callar mi verdad y no decirla. La verdad se ha vuelto molesta e incluso hemos terminado acusándola de los males y las guerras de nuestra historia. Pero si una cosa me parece importante en la Palabra de Dios y en la historia de la teología, es precisamente que Dios ha dicho siempre la verdad.

Una de las dificultades al hablar de la verdad es su concepción. El *verum* es uno de los trascendentales del ser: *unum, pulchrum, bonum et verum*. Este

---

definitiva esclavitud todas las posibilidades de liberación de la que se hablaba». R. GUARDINI, *Libertà. Grazia. Destino*, Brescia 2000<sup>3</sup>, 81.

último trascendental lo asociamos generalmente con argumentos de razón. No caemos en cuenta que al hacer esta asociación terminamos por reducir el trascendental a racionalidad. Un argumento de razón puede ser verdadero, pero esto no significa que ese argumento sea la verdad. La verdad no se limita a nuestras conjeturas<sup>5</sup>. Una de las definiciones más conocidas de la verdad es la dada en la respuesta del artículo 1 de la cuestión 16 de la primera parte de la Suma de Teología de Tomás de Aquino: «*veritas est adequatio rei et intellectus*»<sup>6</sup>). Para entender la afirmación entremos primero en el contexto en que ha sido dicha. S. Tomás se pregunta en este artículo «*utrum veritas sit tantum in intellectu*»<sup>7</sup>, o si por el contrario la verdad se halla en las cosas. En definitiva, se trata de saber si la verdad es algo que no le pertenece al entendimiento, porque está, independientemente del entendimiento, o es algo que depende del entendimiento porque sólo lo que entendemos como verdadero es verdad. En este sentido, la respuesta de S. Tomás me parece genial. El término *adequatio* es de un equilibrio digno de admirar, y evita que la verdad sea un elemento meramente extrínseco respecto a lo humano o que sea únicamente un producto de mi reminiscencia<sup>8</sup>. La verdad acontece en la *adequatio*, podríamos decir que acontece en la armonía, es decir, aparece cuando el individuo no se impone a la realidad y cuando la realidad no me es enemiga. Pareciera que la realidad se reconoce en el intelecto y el intelecto reconoce la realidad. Lo real no es algo distinto y no hermanado, sino que entre lo real y mi entendimiento hay una especie de afinidad, como lo dice santo Tomás: «Lo verdadero está en el entendimiento y en las cosas. Pero lo verdadero que está en las cosas se identifica con la substancia del ser y, en cambio lo verdadero del entendimiento se identifica con el ser como lo que manifiesta con lo manife-

5 Ni siquiera cuando S. Anselmo en su opúsculo sobre la verdad habla de la verdad de las proposiciones, ésta queda subordinada a mis conjeturas, ya que la verdad no es algo distinto de la rectitud, en cuanto que la expresión realiza lo que debe, es decir, expresa las cosas que existen cuando existen. Una expresión así es doblemente recta, ya que «expresa no sólo lo que se le encomendó que expresara, sino también aquello para lo que fue hecha» ANSELMO DE AOSTA, *Sobre la Verdad*, 2.

6 Esta definición no pertenece, sin embargo a S. Tomás, sino que se trata de una cita tomada de la metafísica de Avicena. Cf STh., I, Q 16, a2, d2. «La verdad es la adecuación entre la realidad y el entendimiento»

7 «Si la verdad se halla solo en el intelecto»

8 «...la verdad se halla en el entendimiento, en cuanto conoce las cosas como son, y en las cosas, en cuanto tienen un ser acomodable al entendimiento» STh., Q16, a6, Resp.

stado, que en esto consiste, como hemos dicho, la razón de verdadero»<sup>9</sup>. Ahora bien el *intellectus* manifiesta con lo manifestado la razón de verdadero cuando la *adequatio* en el *intellectus* humano actúa según el entendimiento divino, ya que «la verdad de las cosas consiste en su relación con el entendimiento divino»<sup>10</sup>.

Por la disarmonía del origen le resulta difícil al hombre esta *adequatio*. A pesar de la no *adequatio*, el hombre puede algunas veces distanciarse de la mentira sintiendo su peso y su falsedad. Es decir muchas veces el hombre supera la mentira, sintiendo el peso de la esclavitud de la mentira. La mentira consiste en imponer la supremacía de un entendimiento dominado por el deseo de dominio, es decir que impone y no se adecúa, lo que es distinto al entendimiento del que habla S. Tomás, quien considera a Dios el mismo entender del entendimiento<sup>11</sup>. Sin llegar necesariamente a la *adequatio*, el hombre es capaz de distanciarse de un entendimiento alejado de Dios. En este sentido me parece significativo el libro del Qohelet. La lectura del libro de apariencia pesimista, no es más que la desilusión de saberse en la mentira. La mentira pretendiéndose prepotente e inmortal, termina mostrándose como vanidad: «¡Pura ilusión –dice Qohelet–; pura ilusión, todo es una ilusión!» (Ecl 1,2). Qohelet cae en cuenta de la imposibilidad de dominio, al punto que cuando creemos que ponemos el origen, resulta que ya antes estuvo: «Lo que pasó eso pasará; lo que se hizo, eso se hará: *no hay nada nuevo bajo el sol*» (Ecl 1,9). Desilusionarse con la vana ilusión, liberarse de las cadenas de la mentira, es ya libertad y abrirse a la verdad: «El Qohelet, además de ser un sabio, enseñó al pueblo de lo que sabía. Estudió, inventó y formuló muchos proverbios; el Qohelet procuró un estilo atractivo y *escribió la verdad* con acierto» (Ecl 12,9).

Las escrituras nos guían por el camino de la verdad. Pero la verdad no se identifica con la prepotencia de mi entendimiento. Hasta los esfuerzos y actos más nobles pueden ser vanidad: «Todo lo que tiene el hombre delante es pura ilusión, porque una misma suerte toca a todos: al inocente y al culpable, al puro y al impuro, al que ofrece sacrificios y al que no lo ofrece, al justo y al pecador, al que jura y al que tiene reparo en jurar. (...) El corazón de los hombres está lleno de maldad: mientras viven piensan locuras y después ¡a morir!» (Ecl 9, 1C-3). La

9 STh., I, Q16, a3, ad1

10 STh I Q16, a1, ad2.

11 Cf. STh., Q16, a6, Resp. Esta idea ya se halla de algún modo presente en S. Anselmo al afirmar que «aquello mayor de lo cual nada puede pensarse verdaderamente se entiende y se piensa y está en el entendimiento y en el pensamiento» ANSELMO DE AOSTA, *Respuesta a Gaunilo*, Barcelona 2002.

pedagogía no siempre es descubrimiento de novedades, se trata también de un camino de libertad. No siempre la educación es ilusión, puede ser también desilusión de toda falsa ilusión, pero esto es ya una apertura a la verdad y un camino de libertad. La educación divina enseña en la verdad y para la verdad.

Ahora bien, para la Biblia, la verdad es el mismo Jesucristo (Cf Jn 14, 6a). En efecto, Cristo descubre la verdad de Dios y de esta manera nos muestra la verdad del hombre. El mismo Jesús inmediatamente que se dice camino, verdad y vida, explica en qué consiste la afirmación: «Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocen a mí, conocerán también a mi Padre; desde ahora lo conocen y lo han visto» (Jn 15, 6b-7). El concilio Vaticano II se hace también eco de estas palabras: «Jesucristo, Palabra hecha carne, “hombre enviado a los hombres” habla las palabras de Dios (Jn 3,34) y realiza la obra de salvación que el Padre le encargó (Cf Jn 5,36; 17,4). Por eso quien ve a Jesucristo ve al Padre (Cf. Jn 14,9)»<sup>12</sup>. Pero Jesús es verdad no sólo porque revela Dios a los hombres, sino porque revela el propio hombre al hombre. A este respecto resulta significativa la declaración del propio Pilato quien, sin pretenderlo, presenta a Jesús como modelo del hombre: «Salió entonces Jesús fuera llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Dícel-es Pilato: “aquí tienen al hombre”» (Jn 19,5). En efecto, «la verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre (...) resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda la revelación»<sup>13</sup>, porque en él se «manifiesta el hombre al propio hombre y [se] le descubre la grandeza de su vocación»<sup>14</sup>.

Cristo es la verdad mostrada por Dios que no muestra algo más allá de sí mismo, es decir no muestra algo ajeno de sí mismo, sino en sí mismo muestra al Hijo y en sí mismo muestra al hombre. En la pedagogía de Dios la verdad aparece en el mismo Jesús, quien «con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección, con el envío del *Espíritu de la Verdad*, lleva a la plenitud toda la revelación y la confirma con testimonio divino»<sup>15</sup>. En el quehacer y en el decir del mismo Jesús aparece por tanto la verdad. Esto significa que en la lectura y escucha del Evangelio acontece la verdad, es decir, que en la lectura y la escucha del evangelio acontece la pedagogía de Dios Padre a través del Hijo. El evangelio no es un conglomerado de informaciones acerca de Jesús, no se trata tampoco de un tratado histórico. La palabra evange-

---

12 DV 4.

13 DV 2.

14 GS 22.

15 DV 4.

lio significa Buena Noticia y ésta es buena para quien la escucha porque en ella aparece Dios y aparezco yo en autenticidad. Para ver cómo esto acontece, echemos un vistazo a la parábola de las diez vírgenes en Mt 25, 1-12. ¿Qué es en lo primero que nos preguntamos? Creo que lo que nos interesa es averiguar en qué en definitiva consiste el reino de los cielos, puesto que la parábola resulta un poco enigmática. El relato resulta incómodo. Por un lado están las vírgenes prudentes, a las que nos queremos parecer, pero al mismo tiempo nos parece pesado el tener que estar continuamente en vigilancia. Por otro lado estas vírgenes prudentes muestran su egoísmo al no querer compartir su aceite con las imprudentes, ¿qué les costaba regalar un poco de su aceite, si el novio estaba ya llegando? Al menos podrían entrar todas en el banquete. Este modo de ver es precisamente el modo de ver que nos desvela quiénes somos. Pensar que las prudentes son egoístas y las necias son irresponsables es caer también en la necedad. La necedad no está en la alcuza vacía de aceite, sino que la necedad está en no estar disponible y atento al momento en que llega al Señor. Cuando nos fijamos en el detalle del aceite y no caemos en cuenta que lo central del relato es el anuncio «llega el Señor salgan a recibirlo», nosotros mismo actuamos como necios. A nosotros se nos pasó lo central, nos quedamos como las necias preocupados por el aceite y somos incapaces de escuchar que el novio ya está aquí. Aquel que anuncia su llegada no pide que les muestren el aceite, ni tampoco que enciendan las lámparas, tan sólo anuncia una llegada y hace una invitación: salgan a recibirlo. Vean la sutileza de la parábola, que denuncia nuestra propia necedad, pero que al mismo tiempo quiere centrar nuestra mirada en aquel que es la Verdad. La necedad es, la mayor parte de las veces, el modo propio en el que nosotros nos relacionamos con Jesús. Cuando el evangelio nos coloca ante nuestra propia necedad, en ese instante caemos en cuenta del engaño en el que estamos sumergidos y comenzamos a vislumbrar lo central del acontecimiento. ¡Qué bonita la pedagogía de Jesús! No hay condena, sino que la parábola nos desnuda ante la verdad del Hijo que se revela. Sólo contemplando esa verdad seremos libres, porque la verdad nos hace libres<sup>16</sup>.

## II. LA LIBERTAD

La libertad en la Palabra de Dios es un don, pero al mismo tiempo es una tarea. Decíamos al inicio que cuando el hombre pretende anteponerse al origen desconociendo su propio origen pierde su libertad. Ser libre no es sólo tener la posibilidad de escoger entre distintas opciones. Reducir a eso el concepto de libertad es anularlo. Tanta gente no tiene más que una opción. En nuestras socie-

---

16 Cf Jn 8,32.

dades occidentales y el público que me lee o me escucha, quizá no sea capaz de entenderlo, porque generalmente desde la infancia se nos ha enseñado a elegir y ese acto nos han dicho que se llama libertad. Pero qué sucede en aquellos pueblos que no tienen más que una sola opción. Si nos internáramos en la sierra de Perijá y fuéramos a algún caserío indígena, lo más seguro es que no podríamos elegir qué programa de televisión ver, puesto que allí ni hay televisión, ni tampoco que menú me he de comer, porque allí se come todos los días lo mismo, ni siquiera podría elegir parte de la montaña selvática en la que me voy a internar, puesto que por allí sólo hay un camino y terminarás pasando por el mismo lugar por el que pasan todos. A pesar de eso, no podemos negar que los Yukpas son libres. Y si nosotros nos vamos a vivir con ellos, seguramente seríamos mucho más libres, a pesar de que tendríamos menos opciones para elegir en la vida. La libertad no tiene entonces que ver sólo con la elección, aunque la posibilidad de elección sea uno de los elementos de la libertad. El hombre es libre cuando no es esclavo de la mentira, es decir cuando es aquello que debe ser y acepta que aquello que es: es don y no autocreación. Diciéndolo de otro modo, el hombre es libre cuando es capaz de reconocer a Dios y cuando se sabe abierto a Dios y no cuando somete a Dios y hace que Dios sea un elemento de su propiedad. De acuerdo a esto último, Dios adquiere su sentido a partir del hombre y no el hombre a partir de Dios. Yahvé educa el hombre en la verdad y para la verdad, pero también lo hace en la libertad y para la libertad. Veamos el modo de esta pedagogía divina. Yahvé se duele de la esclavitud del hombre. Hay un relato que me parece hermoso, aunque a veces puede confundirnos: «viendo Yahvé que la maldad del hombre cundía en la tierra, y que todos los pensamientos que ideaba su corazón eran de puro mal continuo, le pesó a Yahvé de haber hecho el hombre en la tierra, y se indignó en su corazón» (Gn 6,5s). Cuando se escucha el texto por primera vez da la sensación de que Dios no quiere saber nada más del hombre, que prefiere exterminarlo, que aborrece lo creado como desecho; sin embargo, lo que el texto realmente dice es que a Yahvé le duele ver el hombre así, le pesa su situación, no es indiferente a ella. Esto es lo que quiere decir la expresión «se indigna en su corazón». Cuando algo me indigna es porque me atañe directamente. La maldad de la que el hombre es esclavo, le duele a Yahvé. Lo bonito del texto es que Él no actúa con prepotencia. ¡Qué distintos estos relatos de muchas de las tragedias griegas que conocemos. Pienso ahora en el Prometeo encadenado de Esquilo.

Para explicar mejor este aspecto me voy a detener en algunos pasajes del libro del Éxodo. De nuevo Yahvé aborrece la esclavitud, no le es indiferente el grito y el clamor de aquel que se halla sometido por otro: «Bien vista tengo la

aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores; pues ya conozco sus sufrimientos» (Ex 3,7). Dios no es indiferente a la opresión a la que es sometido su pueblo, como tampoco es indiferente a la maldad que ellos habían cometido. Lo que en el fondo desea Yahvé es la libertad de su pueblo. Ahora bien, ¿esa libertad en qué consiste? Si la liberación consistiera en independizarse de la tutela egipcia, el libro podría terminar en el versículo 21 del capítulo 15. Sin embargo, el libro no termina allí. De hecho, lo que viene a continuación es más largo que lo hasta ahora relatado. La actuación de Dios no sólo fue sacar a los israelitas del dominio egipcio, sino que una vez libres del dominio externo, Israel debía aprender lo que significaba la libertad, pero no en teoría, sino en modo de vivir. La pedagogía que enseña al pueblo la libertad, no consiste en una teoría, sino en el ejercicio de libertad de parte del Pueblo de Dios. ¿De qué libertad hablamos? De la libertad de poder dar culto a Dios: «Tú irás con los ancianos de Israel donde el rey de Egipto; y le dirán: Yahvé, el Dios de los hebreos, se nos ha aparecido. Permíteme, pues, que vayamos camino de tres días al desierto, para ofrecer sacrificios a Yahvé nuestro Dios» (Ex 3,18)<sup>17</sup>. ¿A qué Dios? A Yahvé, es decir, a Yo soy<sup>18</sup>: «Así dirás a los israelitas: “Yo soy” me ha enviado a ustedes». Fíjense que Dios no da ningún nombre<sup>19</sup>, es decir, no se rebaja a concepto, sino que está más allá de toda posible conceptualización<sup>20</sup>. Una

17 La expresión reaparece en 5,1; 7,16.26; 8,4.16.23; 9,1.13; 10,3.24.

18 Este modo de identificarse de Dios es una de las expresiones que admira la mística S. Weil, a pesar de que nunca fue bautizada, ni profesaba religión alguna. «Yo soy es su nombre y no es el de ningún otro ser» S. WEIL, *Intuitions pré-chrétiennes*, Paris 1951, 137.

19 Para los griegos nombrar era limitar. De esta concepción se hace eco Simone Weil, para quien «Dios y lo sobrenatural están escondidos y sin forma en el universo. Es bueno que estén escondidos y sin nombre en el alma. De otro modo, se corre el riesgo de tener bajo este nombre lo imaginario» S. WEIL, *La Pesanteur et la Grâce*, Paris 1948, 64.

20 Kierkegaard hablando de Dios como maestro y salvador, lo concibe como aquel que no es conceptualizable y es esto lo que le permite también la libertad de la propia certeza de sí mismo: «Sabemos, por tanto, qué es el hombre y este saber cuyo valor voy a subestimar menos que nadie, puede continuamente crecer y llenarse de significado, llegando a ser incluso la verdad. Pero la razón se detiene, como hizo Sócrates, porque ahora se despierta la pasión paradójica de la razón que desea un choque y que, sin darse cuenta del todo, quiere su propia pérdida. (...) ... aquella presentid paradoja de la razón actúa a su vez en el hombre y en el conocimiento de sí de tal manera que él, *que creía conocerse a sí mismo*, ya no sabe con precisión si quizá es un complejo animal más raro que Tifón o si posee en su esencia una

vez que el pueblo de Israel es liberado, le toca ahora liberarse de su pretensión, aquella pretensión propia de los orígenes, de querer ellos estar por encima de Dios. Yahvé es el primero que pone el empeño en que esta libertad sea posible. Se presenta como aquel que acompaña, pero no como aquel que se somete o puede estar sometido. Todo el camino del pueblo de Israel será un aprender a rendir culto a Dios. No debe extrañarnos que en el código de la Alianza los mandamientos dados por Yahvé comiencen diciendo que el Dios de los israelitas es Yahvé, quien los sacó de la casa de la servidumbre. No es de extrañar tampoco que Yahvé diga que no habrá otros dioses delante de mí. Sólo Yahvé quiere ser el Dios de Israel, sólo aquel que no se deja dominar por el concepto, que no se puede reducir al deseo de lo humano, puede ser Dios de Israel si este se pretende pueblo elegido y pueblo libre. Si Israel se somete a otros dioses, deja de ser libre, se vuelve a encadenar a la idolización de su propio deseo de anteponerse al origen puesto por Yahvé. Sólo aquel que no puede ser sometido al capricho de Israel puede liberar a Israel de sí mismo. De allí que la pedagogía de Dios consista en acompañar y no tanto en adoctrinar. Los mandamientos de la ley de Dios no son una doctrina, son un itinerario de libertad. En la medida en que el Pueblo de Israel los adhiere se actúa como pueblo elegido, sólo si «de veras escuchan mi voz y guardan mi alianza, ustedes serán mi propiedad personal entre todos los pueblos» (Ex 19,5). No es tampoco de extrañar que los capítulos que van del 25 al 31 y los que van del 35 al 40 estén dedicados a normas culturales. La libertad consiste en que el pueblo reconozca a Yahvé como su Dios y le rinda culto.

El camino de libertad, llega a su culmen en Jesús. Él es un hombre libre. Es libre respecto a su entorno social<sup>21</sup>, libre en sus palabras<sup>22</sup>, libre en sus gestos<sup>23</sup>. Su libertad no lo lleva a actuar contra la ley, sino en el máximo respeto a la ley. Al respecto me gustaría de nuevo detenerme en el pasaje de Mc 1, 40-45, pues me parece significativo para comprender la libertad de Jesús, ese modo de libertad es el que nosotros estamos invitados a imitar. El texto habla de la curación de un leproso. No es de extrañar que en este texto Jesús escandalice los suyos. ¡Qué impactante la primera frase! «Se le acerca un leproso» ¡Qué osadía! ¿Acaso no

---

parte más dulce y más divina (...) ¿Pero qué es eso desconocido con lo que choca la razón en su pasión paradójica y turba incluso el autoconocimiento del hombre? Es lo desconocido. (...) Llamemos a eso desconoció *Dios*». S. KIERKEGAARD, *Migajas filosóficas o un poco de filosofía*, 52s.

21 Cf. CH. DUQUOC, *Jesús, hombre libre*, 28-31

22 Cf. *Ibid.*, 31-33.

23 Cf. *Ibid.*, 33-36.

ha escuchado que «El afectado por la lepra llevará los vestidos rasgados y desgredada la cabeza, se cubrirá hasta el bigote e irá gritando: ¡impuro! ¡impuro! Todo el tiempo que dure la llaga, quedará impuro. Es impuro y habitará solo» (Lev 1, 45s). El leproso lo sabía, tenía que saberlo, pero hay algo de Él que atrae. Una especie de afinidad percibe el leproso, algo le mueve a amarlo y acercarse a él, no se trata de un amor que lo posee y lo reduce a sí mismo. El leproso traspasa las fronteras y se acerca a Jesús, pero respeta la distancia: «se pone de rodillas». Aquel que viola la ley a los ojos de todos, es aquel que sin entenderla (no es perito de la ley, sino tan solo alguien que sabe que está condenado al exilio por ella), fue quien mejor la entendió. Quién más se le acerca es quien mejor entiende la trascendencia. La trascendencia es afectiva, sin dejar de ser trascendencia, el misterio es afectivo, sin dejar de ser misterio. Lo reconoce el leproso porque tiene fe. El leproso es un marginado por la fe, al punto de ser considerado alguien olvidado por Dios: «nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado» (Is. 53,4). La fe es para él inversión del acontecimiento de la creación. La fe no lo introduce en la vida, sino que lo margina de la vida. Para el leproso la fe es sometimiento y no libertad, es muerte y no vida. De nuevo la paradoja: el marginado por la fe es el mayor testigo de fe. Entre Jesús y el leproso no se cumple ninguna formalidad cúllica o ritual que permita el acercamiento. El leproso tan sólo se acerca y con la misma confianza con la que se acerca, confiesa su fe no bajo la forma de títulos, sino como reconocimiento de una bondad y misericordia libres: «Si quieres puedes limpiarme». Ya no hay más nada que decir, todo quedó dicho en el gesto de quien siente una atracción por Jesús que le permite acercarse. Al afecto confiado de quien se acerca, Jesús responde con afecto: «compadecido de él». El afecto no es ese sentimiento de placer interior que me nace en el encuentro con algunos. En este caso el afecto quedaría confinado a una especie de sentimiento de placer, quedaría confinado a un egoísmo cuya comunitariedad máxima sería el egoísmo compartido. El afecto en el leproso se manifiesta como reconocimiento y atracción. Reconocimiento de alguien que estando más allá, sin embargo, me atrae y me permite invadir su trascendencia sin anularla. En Jesús el afecto es compasión, entrañas maternas de misericordia, compartir la pasión del que se halla delante de mí. ¡Qué bonito el toque de Jesús! La máxima cercanía en la mayor distancia y libertad la pone el propio Jesús: «Le tocó y le dijo: “quiero, queda limpio”». Lo bonito del relato es que Jesús toca al leproso, pero no condena ni viola la ley. Hacia el final del relato de Marcos hay un detalle que parece insignificante, pero que me parece importante recalcar: «ya no podía Jesús presentarse en público en ninguna ciudad, sino que se quedaba a las afueras, en lugares solitarios. Y acudían a él de todas partes» (Mc 1, 45).

Este detalle que aparece de modo discreto en el evangelio es de una profundidad hermosa. Jesús que tocó el leproso quedó impuro y como tal no podía entrar dentro de la ciudad, se queda a las afueras. Limpia el leproso asumiendo su contaminación. El gesto es hermoso y va en la lógica de todo el Evangelio que bien resume S. Pablo diciendo: «A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él» (2 Cor 5, 21).

La libertad es un don y es una tarea. Es el mismo Jesús quien ahora nos orienta por el camino de la libertad, pero su enseñanza no le es extrínseca, sino que es él mismo y sólo es posible acogerla en comunión con Jesús.

### III. EL TESTIMONIO Y NO LOS DISCURSOS

Hasta ahora he hablado de la pedagogía de Dios. De cómo Él ha educado al pueblo y al hombre para alcanzar su libertad y llegar al reconocimiento de la verdad. He dicho que la educación no adviene a modo de discursos, sino en la vida misma de Dios con el Pueblo y en la misma vida de Jesús. Este modo de enseñar es el modo que la Iglesia acoge. La Iglesia enseña la doctrina no como teoría sino como vida, no tanto en los libros cuánto en el testimonio. Es más, el libro se hace también testigo y no sólo un elemento recopilador de informaciones. El testimonio es un modo pedagógico que hace entrar al hombre en la sintonía del ámbito de la fe. Profesar la fe es uno de los sinónimos de la libertad. Para ver cómo acontece esta pedagogía me detendré en el capítulo 14 de los Hechos de los Apóstoles.

«En Iconio, entraron del mismo modo en la Sinagoga de los judíos y hablaron de tal manera que gran multitud de judíos y griegos abrazaron la fe» Hch 14,1 Este pasaje podría ser leído en paralelo con un pasaje del Evangelio: «Al llegar el Sábado entró en la sinagoga y se puso a enseñar. Y quedaban asombrados de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas» (Mc 1, 21-22). ¿Qué manera de hablar es esa que suscita la fe? Es significativo que el pasaje de Hechos nos indique que gran multitud de judíos y griegos abrazaron la fe. ¿De qué modo era convincente el mensaje del Apóstol?

Las preguntas no son de poca importancia. Ella conduce a distintos modos de entender. La palabra convincente la asociamos generalmente con razonamiento. Convencer a alguien tiene que ver con dar razones, y dar razones tiene que ver con racionalidad. Se puede llegar a entender entonces que gran multitud de judíos y griegos abrazaron la fe por lo convincente de sus discursos, es decir, por lo refinado de los razonamientos, la agudeza de la racionalidad. Si esto es así, el

abrazo de la fe, otra cosa no sería que una consecuencia de la elocuencia discursiva. La fe quedaría subordinada al discurso racional. No parece que la fuerza del convencimiento haya sido la agudeza racional del discurso, cuando el propio Pablo habla de la necesidad de su predicación: «como el mundo mediante su sabiduría no conoció a Dios en su divina sabiduría, quiso salvar a los creyentes mediante la necesidad de la predicación» (1 Cor 1, 21). De acuerdo a lo que dice Pablo, el abrazo multitudinario de la fe tampoco puede deberse al reconocimiento de una sabiduría filosófica o religiosa a partir de la experiencia apriorística de lo que entendemos por sabiduría. La sabiduría de este mundo no conoce la sabiduría de Dios y si muchos abrazaron la fe, no lo hacen en el horizonte de la sabiduría de este mundo, sino en el horizonte más amplio del reconocimiento de una sabiduría que se manifiesta en la necesidad de la predicación y desvela la verdad.

Lo convincente no tiene en este caso que ver con el razonamiento filosófico, con fundamentos metafísicos o con discursos grandilocuentes. Sigamos todavía el curso del texto: «Pero los judíos que no creían excitaron y envenenaron los ánimos de los gentiles contra los hermanos. Con todo se detuvieron allí bastante tiempo, hablando con valentía del Señor que les concedía obrar por sus manos señales y prodigios, dando así testimonio de la predicación de la gracia» Hech 14, 2-3. No es la grandilocuencia lo que convence, sino el testimonio aquello que habla a los corazones de quienes los escuchan. El testigo cristiano no es alguien ajeno al mensaje cristiano, sino que es parte del mensaje<sup>24</sup>. El cristianismo es de suyo testimonial y no puede ser de otro modo: Cristo da testimonio del Padre y el Padre da testimonio del Hijo (Cf Jn 5,31s; 7, 18s). El modo en que se manifiesta Cristo es el modo testimonial. Sólo en el testimonio alcanzamos la relación con Jesús. Diciéndolo de otro modo, el testigo no remite a Jesús o no da pistas de Jesús a buscar más allá del testimonio, sino que en el mismo testimonio aparece Jesús. Diciéndolo con un ejemplo. Las Sagradas Escrituras son testigo de la revelación, es decir, el modo por el que accedemos a la revelación es a través del testimonio de las Escrituras, pero las Escrituras mismas tienen parte en la revelación, es decir, la revelación no es algo ajeno a la Escritura, sino que acontece en la misma Escritura y sin ella no se entiende la revelación o al menos la revelación cristiana. Aceptar una revelación distinta a la del testimonio de la Escritura, sería caer en un ámbito no cristiano. De hecho resulta interesante que todos los fenómenos de

---

24 «Questo non significa che nella vita cristiana, l'”io” umano venga cancellato e Cristo si avanzi al suo posto, bensì soltanto proprio che in questo vivere in me di Cristo io divengo veramente me stesso, quel me stesso che Dio ha pensato creandomi...».  
R. GUARDINI, *Libertà. Grazia. Destino*, 83.

revelaciones privadas deben pasar por el tamiz aprobatorio del testimonio de las Escrituras. ¿Qué significa entonces dar testimonio de la predicación de la gracia? Vivir la gracia y no otra cosa. El testimonio de la gracia soy yo mismo viviendo la gracia, sabiendo que la gracia no soy yo mismo, sino aquello que acontece en mí y no una entelequia intelectual. La dimensión testimonial es importante, porque indica que la verdad viene de otra parte, que yo tan sólo soy beneficiario y partícipe de la verdad, pero yo no soy el creador de esa verdad y tampoco soy el dueño de la verdad, pues ella está siempre más allá de mi mismo, un cuando esté en mi mismo. La Fe se suscita en el testimonio. La fe es testimonial, es decir se transmite en el otro, pero no le pertenece al otro, sino que remite en el otro a un más allá que acontece precisamente en el otro y acontece también en mi, sin que este acontecimiento se haga de mi propiedad. En el otro o por el testimonio del otro acontece el encuentro con Dios. El testigo es aquel cuyo hacer no es autorreferencial, aunque es parte de ese transmitir el mensaje.

La fe reconoce la fe, es en la fe donde realizamos el discernimiento de la fe y nunca fuera de ella. «Había allí (...) un cojo de nacimiento y que nunca había andado. Éste escuchaba a Pablo que hablaba. Pablo fijó en él su mirada y viendo que tenía fe para ser curado, le dijo (...) ponte derecho sobre tus pies. Y él dio un salto y se puso a caminar» (Hch 14, 4-10). El hombre de fe reconoce la fe del otro. El testigo cae en cuenta que la escucha atenta testimonia la fuerza de la Palabra que él predica y no le pertenece. Aquel que escucha es por tanto un testigo para el testigo, y decir que aquel que escucha es testigo, es lo mismo que decir que en él acontece la Palabra a modo de escucha, aunque todavía no de confesión. Ahora porque escucha puede erguirse por sí mismo y puede caminar, es hombre libre que ha reconocido la verdad en la predicación apostólica.

#### **IV. A MODO DE CONCLUSIÓN**

La pretensión de este pequeño escrito ha sido tan solo mostrar de qué modo Dios ha educado al hombre en la historia de la salvación que arroja luces a lo que entendemos como educación cristiana en el hoy. Me resta decir que educar no es impartir una doctrina, sino enseñar a vivir la verdad en libertad. El educador no puede reducirse a un dispensador de doctrinas o de teorías, el educador debe ser alguien enamorado de la verdad caminando en libertad, acompañando a todo hombre en su caminar. El educador es un hermano que camina junto a los suyos. Seamos educadores al estilo de Jesús y no denigremos el oficio reduciéndolo a una mera trasmisión de enseñanzas ajenas a nuestras vidas.

## BIBLIOGRAFÍA

- ANSELMO DE AOSTA, *Respuesta a Gaunilo*, Folio, Barcelona 2002.
- \_\_\_\_\_, *Sobre la Verdad*, Folio, Barcelona 2002.
- CACCIARI, M., *Dell'inizio*, Adelphi, Milano 2001<sup>2</sup>.
- Documentos del Concilio Vaticano II*.
- DUQUOC, CH., *Jesús, hombre libre*, Sígueme, Salamanca 2005<sup>12</sup>.
- GUARDINI, R., *Libertà. Grazia. Destino*, Brescia 2000<sup>3</sup>.
- HEIDEGGER, M *Sobre el comienzo*, Biblos, Buenos Aires 2007.
- KIERKEGAARD, S., *Migajas filosóficas o un poco de filosofía*, Trotta, Madrid 2004<sup>4</sup>.
- PETROSINO, S., *Visione e Desiderio. Sull'essenza dell'invidia*, Jaca Book, Milano 2010<sup>2</sup>.
- SEQUERI P., *Teología fundamental. La idea de la fe*, Sígueme, Salamanca 2007.
- TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica I*, BAC, Madrid 1957.
- WEIL, S., *Intuitions pré-chretiennnes*, Plon, Paris 1951.
- \_\_\_\_\_, *La Pesanteur et la Grâce*, Plon, Paris 1948.